

Padre Joseph Wresinski, Fundador de ATD Cuarto Mundo

UNA VIDA, NUESTRA VIDA

Diálogo

«La miseria retrocede allí donde los hombres se unen para destruirla»

*El mundo cambiará algún día,
porque el mensajede
los niños de la miseria
será escuchado.
Y porque ellos tomarán su
destino en sus manos.*

*Raymonde nos lo recuerda:
«Cuando sea grande,
haré como tú
enseñaré a los niños
a leer y a escribir».*

*El mundo cambiará algún día.
Una nueva humanidad sin miseria
amanecerá,
puesto que nosotros lo queremos.*

Padre Joseph Wresinski
«Palabras para el Mañana»

La promesa del Padre Joseph

«Les haré subir las gradas de la Presidencia, de la ONU, del Vaticano». El Padre Joseph hizo esta promesa el 14 de julio de 1956, día en el que encontró de nuevo a su pueblo lleno de sufrimiento y de valor, en el asentamiento de Noisy le Grand (en Francia).

Desde entonces, el Padre Joseph no dejó de recorrer el mundo, de ir a su encuentro, de animarlos en su lucha por la dignidad de los más pobres. Gracias a Ustedes y con Ustedes, cumplió con su promesa de visitar a los más grandes del mundo para darles a conocer su valor, su sufrimiento pero también sus esperanzas. Cuando nos dejó, el 14 de febrero de 1988, sabía que podía tener confianza, que todos juntos continuaremos este camino para destruir la miseria y construir un mundo de fraternidad y paz.

Es así que en este año, el 14 de abril, Javier Pérez de Cuellar, Secretario General de la ONU, se concentró con familias del Cuarto Mundo, alrededor de la placa inaugurada por el Padre Joseph el 17 de octubre de 1987, que conmemora a las víctimas del hambre, la ignorancia y la violencia. Nos recordó sus dos encuentros con el Padre Joseph y reafirmó ante nosotros su compromiso hacia los más pobres: «Por mi parte, no tengo poder material, ni poder político, pero tengo la fuerza moral. Y esta fuerza la pongo al servicio de la causa de la cual el Padre Joseph es el portavoz».

Hoy, seguimos realizando juntos la promesa que el Padre Joseph dejó en nuestras manos. Juntos, en nombre de todos los pobres del mundo, en nombre de la esperanza presente en nuestros corazones, el 27 de julio de 1989, hemos alcanzado las gradas del Vaticano. y hemos hablado con el Papa Juan Pablo II.

Cada uno de Ustedes va a regresar a su país, en Africa, en América, en Asia y en Europa. Les confiamos estas palabras del Padre Joseph. Estas palabras llenas de la fuerza que nos dejó. Fortalecidos con este mensaje, irán al encuentro de esos padres, madres, niños, que viven todavía aislados por la miseria. Les dirán que ya no están solos. Compartirán con ellos su convicción de que la miseria no es una fatalidad, que puede ser destruída. Esto es posible, ya que el padre Joseph nos dio la prueba de que cualquier hombre, por pobre o desamparado que sea, puede levantar la frente. Ustedes serán los testigos de todos los pobres del mundo, que se ponen en marcha para compartir con todos la fraternidad, la justicia y el amor.

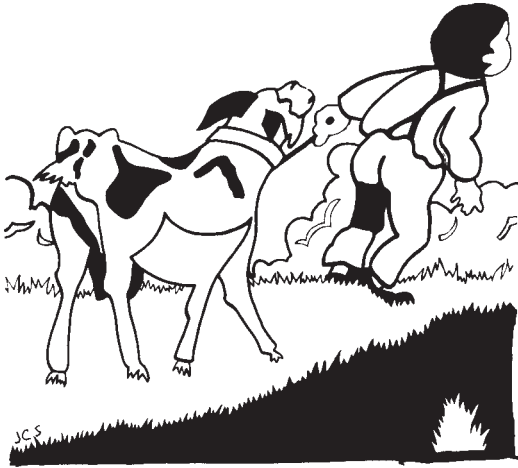
Nosotros, los voluntarios que nos hemos unido a su pueblo gracias al Padre Joseph, les prometemos seguir con Ustedes este camino de dignidad hasta el final.

El jilguero había muerto

Recuerdo mi infancia. Habíamos recogido en la calle un jilguero que estaba herido. Lo llevamos a casa y lo pusimos en una jaula. Le dimos semillas, agua, y lo cuidamos. Lo queríamos mucho y él cantaba.

Pero un día nos llegó mucho sufrimiento, mucha pena: mi papa ya no escribía, no teníamos más dinero, estábamos verdaderamente en la miseria y llorábamos. Mi madre lloraba y nosotros, pobres chiquillos, no entendíamos y no sabíamos que hacer por ella. Yo robaba flores para hacerle alguna delicadeza. Pero mamá seguía con su dolor. Un día, las cosas mejoraron, había un poco de sol. Entonces, miramos la jaula del jilguero. Había muerto. En nuestra desgracia, lo habíamos olvidado.

Esto es la miseria : jamás se tiene la seguridad de conservar a quienes se quiere.



Me ganaba la vida, desde los cuatro años

Desde los cuatro años, me ganaba la vida como monaguillo. Era un trabajo para mí porque eso me permitía saciar mi hambre cada mañana. Después de la misa, recibíamos una taza de café con leche y pan. También nos daban unos pesos para la semana.

Obtuve ese pequeño trabajo gracias a la Hermana Agustina. Ella había notado que mi hermano y yo llevábamos todos los días nuestra cabra a pastar, para tener leche para nuestra hermanita. La Hermana Agustina se interesaba por nosotros, por la salud de nuestra hermanita y por mamá. Se había encariñado con nosotros porque éramos unos pobres chiquillos.



Mi mamá nos hizo dignos

Cierta ocasión, estábamos tan mal que le propusieron a mi mamá que nos enviara a un orfanato, para aprender un oficio. Y hay que decir que como estaba insoportable, querían alejarme. Robaba las peras de los vecinos y hacía toda clase de travesuras posibles e imaginables. Un día, con un revólver de juguete en mano, entré en el bar del barrio, donde vendían tabaco. Aún me veo gritando: "¡Manos arriba!" Y tomando el dinero que estaba sobre la mesa... Yo era realmente el niño terrible del barrio. No dejaba pasar una.

El barrio era más bien desconfiado y mi madre sufría por el honor de la familia. Por eso le habían propuesto enviarme a los Huérfanos de Auteuil, y todos se movilizaron. Un día antes de mi partida, mi mamá me dijo: "tú no eres huérfano, tú tienes una mamá".

Fue gracias a mi mamá que me comprometí con las familias desfavorecidas. Porque mi madre estaba sola, tenía cuatro hijos y mi padre se había marchado. Pero gracias a ella no éramos desgraciados. Fuimos humillados pero nos reconfortó. Gracias a ella teníamos una identidad, éramos alguien en el barrio. Nos llamaban los "kiki" por nuestro apellido.



Mi madre ha sido siempre ayudada de una manera u otra, porque a pesar de su miseria, fue siempre una mujer honorable, una mujer digna. Ella nos hacía sentir orgullosos, nos enseñaba la dignidad, y cuando alguien nos faltaba el respeto, decía: "No, yo no lo acepto". Ella se imponía.

He sabido aprovechar la suerte

La vida es extraordinaria...

Entré al Buen Pastor para ayudar a servir la misa, para ganar un poco de dinero. Más tarde trabajé con María Luisa que era carnicera: iba a hacer sus recados cada mediodía. Hacía mandados de un lado a otro, siempre he trabajado. Tenía trece años creo cuando vi un anuncio en la vitrina de la pastelería: «Se busca un joven para aprender el oficio de pastelero». Entonces me presenté y dije: «Bueno, a mí me gustaría ser pastelero».

La miseria me enseñó a aprovechar la oportunidad que se presenta: Podemos hacer muchas cosas si estamos atentos a los acontecimientos, si aprovechamos las circunstancias y si encontramos gente con quien vivir el momento que se nos ofrece.

La miseria me enseñó que jamás debe rechazarse lo que se nos ofrece como un don.

Me comprometí con la J.O.C.

Una tarde caminaba sobre un puente, en Nantes, y me encontré con mi compañero Eduardo. Me dijo: «Esta tarde, iré a una reunión. Será buena porque es un sacerdote quien la dirige». Yo le dije: «Sabes, yo no quiero mezclarme con sacerdotes, después te empiezan a hablar de moral». Eduardo me respondió: «Pero no, es simple, sólo vienes y miras».

Entonces fui con Eduardo a la reunión. El Padre Gerbeau me hizo sentar con los demás. Me miró, habló tres o cuatro palabras, y después me dijo: «tú que eres nuevo, vas a hacer el resumen». Yo no sabía escribir muy bien, no había sido muy bien instruido, pero era un honor.

Hablamos del Evangelio, de nuestras vidas. Y los jóvenes empezaron a hablar de la manera que los trataban en la fábrica o en el taller. Eso me hizo recordar que yo, como pastelero, estaba obligado a levantarme por lo menos tres veces a la semana, a las tres de la madrugada, y que vivía en una pequeña habitación, llena de chinches. Y me dije: «Es verdad, vivimos de una manera muy dura. Uno se cansa al aprender un oficio y después no se está hospedado como corresponde, a veces mal alimentado».

Entonces, esto me hizo reflexionar. Y al hacer mi resumen, pensé: «Estos jóvenes son mis compañeros. Son como yo: Tratan de comprender y hacer algo». Y después me comprometí con la J.O.C. (Juventud Obrera Cristiana)

En aquel momento con la J.O.C., se descubría la tuberculosis en los jóvenes. Entonces yo también, he ido a

los muelles de la Fosse en Nantes, en busca de los jóvenes tuberculosos. Yo iba a verlos. Hicimos igualmente una petición y fui a ver al alcalde de Nantes. Por supuesto, fuimos mal recibidos, mal atendidos. Pero rehusamos salir de la Alcaldía hasta que el alcalde nos dijo que él iba a hacerse cargo de ese asunto personalmente.

Fue así como volví a la religión; a rezar. Y un buen día le dije al Padre Gerbeau: «Oiga, por qué yo no podría ser sacerdote?»



Sacerdote de Jesucristo

Alguien a quien yo quería mucho era Jesucristo, porque él había vivido en la miseria. Había sufrido mucho, había sido pisoteado como lo habíamos sido nosotros de jóvenes. Estábamos en la misma condición. Pero él también fue obstinado. Lo que me gustaba en él y me gusta, es que es obstinado: No consigo mismo sino con los otros.

El Padre Gerbeau puso en orden mi documentación para hacerme entrar al seminario. Yo era un chico de 17 años y me encontraba entre niños de 12 y 13 años en la misma clase. Era

difícil, muy difícil. Además, yo no aprendía mucho. Mi preocupación eran esos muchachos de los muelles de la Fosse, toda esa juventud que se perdía, porque no era escuchada. Pensaba en todos esos jóvenes, y me decía que tenían que levantarse y gritar no venganza sino amor, y reclamar la justicia.

Después fui al ejército. Durante la guerra, fui prisionero y me escapé. En el ejército también, repartía boletos, diarios, me escapé por la tapia para ir a ver a los muchachos al lado del cuartel. Me apresaron muchas veces.

Siempre tuve el sentimiento que cada persona era testigo de algo, que su vida era un testimonio.

Cuando estaba en los muelles de la Fosse en Nantes, luego en el ejército y después cuando era sacerdote en el campo, me ocupaba de aquellos que llamaban gentuza. Para mí, todas esas personas, aunque vinieran de todos lados, formaban un solo y mismo pueblo. Lo que forma un pueblo, es su consciencia común de la injusticia que pesa sobre él y su lucha común contra la miseria cotidiana. Son los que restan de nuestras sociedades, los testigos: testigos de nuestras infidelidades a nuestras creencias, a nuestros ideales, a nuestra democracia, pero también a nuestro pertenecer a la Iglesia. Así podrían testimoniar que Cristo nos pidió que dejáramos todo - hasta la muerte - para que ningún hombre se perdiera.

El Señor me dio una suerte extraordinaria. No he procurado tanto hacer proyectos, ni edificar. Siempre he sido fiel a escuchar a las personas y los acontecimientos. Me llamaban el sacerdote de la gentuza, pero me hubieran podido llamar de otra forma, ya que también era sacerdote de Jesucristo.



Fui enviado entre los más pobres

Mi obispo, el Padre Douillard, había sido mi sacerdote en Angers. Él conocía muy bien a mi madre y le tenía mucho respeto. Este sacerdote me había enseñado mucho, sobre todo el respeto por los pobres, porque venía a ver a mi mamá dos veces al año, una vez en su santo y otra vez para pedirle los diezmos para el culto. Él no venía a dar, sino a recibir.

Un día el Padre Douillard me dijo: «En Noisy le Grand hay un asentamiento de 252 familias, tal vez 300 contando las clandestinas. Varios sacerdotes han ido sin poder quedarse, ya que las familias los rechazaron. Si quieres, tú vas allí, te quedas unos meses o un año y luego regresas. Siempre formarás parte de la diócesis». Eso fue hace 30 años, y aún sigo siendo parte de la diócesis.

Cuando llegué al asentamiento de Noisy le Grand, enseguida me dije: «Esta gente nunca saldrá de la miseria por sí sola. Me hice la promesa de que subirían las gradas de la Presidencia, las Naciones Unidas, y el Vaticano siendo aceptados y reconocidos por todos».

Esta promesa que transmití a todos los voluntarios, se hizo realidad. El Movimiento de pronto se hizo internacional, cuando llegué a Noisy le Grand.

No tenía ni un centavo

Fue la señora Escolle quien me enseñó lo que podía realizar algún día. Dos o tres días después de mi llegada estaba sentado, viendo la gente pasar, tratando de entender un poco quienes eran, de grabar en mi mente sus siluetas, sus caras, para poderlos llamar por sus nombres. Los niños estaban a mi alrededor.

La señora Escolle se sentó a mi lado y me dijo: «Tengo hijos, pero no tengo qué comer». Yo no tenía ni un centavo, no tenía nada de nada. Por las tardes comía lo que podía encontrar en casa de alguien. Y le dije: «Pero señora, yo no tengo nada que darle: No puedo darle mi sotana». Me miró y vio que era verdad. Entonces ella se levantó y dijo en voz alta: «Vengan a ver a un sacerdote sin cerebro, que no tiene ni un centavo». La gente empezó a acercarse y yo comprendí que mi fuerza era ser sacerdote en medio de un pueblo.

Obligar a los hombres a quererse

Siempre rechacé vestirme como civil en medio de la miseria. Siempre vestí sotana en Noisy ya que sentía que las familias estaban apegadas a lo que yo representaba. Era sacerdote de una Iglesia de la que algunos formaban parte; y otros me podían decir no, y podían rechazarme, a mí y a mi fe. Me insultaron, me golpearon; eso no me importaba, era sacerdote en medio de las familias.

Mi palabra, en cierta forma, retomaba la de Cristo: «Bienaventurados los pobres, ya que verán a Dios y poseerán la tierra». Ya tienen a Dios como bien, están llenos absolutamente de Dios. Su pobreza es testimonio de que la obra de Dios puede cumplirse si proclaman no el odio sino el amor, y obligan a los hombres a quererse.

Los pobres tienen algo que decirle al mundo: Que la justicia no es un favor para algunos. La justicia es un derecho y el amor es también un derecho tanto para los pobres como para los ricos.

La misión de los pobres es obligar a los hombres a quererse. Tenemos el deber de amar y por lo tanto de compartir, de prescindir para que otros puedan crecer e ir adelante. Debemos quedarnos atrás y escuchar, comprender y amar.

Mi suerte es creer siempre que el Señor pondrá en mi camino a las personas que necesito justo en el momento preciso. Me deja llegar al borde del barranco, y cuando voy a caer, me agarra, me retoma y hace que alguien llegue para darme la solución que estoy buscando. No me angustia el no encontrarla, ya que en el momento preciso, el Señor enviara a las personas que necesito.



Jóvenes se unieron a mí

El amor es contagioso. Cuando uno ama verdaderamente, encuentra a otra gente para amar. Uno no ama jamás solo. Las familias desde el principio nos amaron, eso está claro, porque sentían que éramos sinceros. Digo «nosotros» porque en el fondo yo no hice nada solo. Fue mi suerte.

Desde el principio, jóvenes se me unieron y se quedaron conmigo. Erika era Alemana. Después de su encuentro con el Movimiento, su vida cambió completamente de manera extraordi-

naria. Más tarde, murió de cáncer. Después vino Bernadette que era atea. Luego Ana María vino de Dinamarca, y llegó por casualidad al asentamiento de Noisy le Grand. No hablaba ni una palabra de francés, y yo no entendía ni una palabra de lo que ella decía. No le hice ningún discurso, le dije: «éste es tu cuarto, ésta es tu cama». Era una especie de rancho derrumbándose, con muchas cucarachas. Después la llevé con las familias, y a pesar de que no hablaba ni una palabra en francés, conservaba una sonrisa tan agradable y un dinamismo tan enorme, que toda la gente la seguía. Ella se hizo cargo de lavar los trastos, la ropa... ¡Era realmente extraordinario! La siguieron Francine y muchos otros...

Esas personas eran libres, no tenían compromiso alguno en otras asociaciones. Su corazón era libre, sus manos libres. No tenían nada en los bolsillos, pero el corazón lleno de amor.

Asuntos del corazón e inteligencia

Un buen día Alvine de Vos, diplomática, llegó al asentamiento de Noisy le Grand y me dijo: «¿Qué podría hacer yo?». Yo le dije que organizara un seminario en la UNESCO. De lo más sorprendida me contestó: «¿en la UNESCO, con toda esta miseria por resolver?». Y le dije: «Sabe usted que no es suficiente que los pobres conmuevan el corazón de los hombres, es necesario que alcancen su inteligencia». Es necesario que creemos un instituto de investigación para obligar a aquellos que tienen el poder de las ideas, de la inteligencia, los religiosos y políticos... a conocer la miseria, a comprender que la solución de

la pobreza no es sólo un asunto de corazón y sentimientos, sino también un asunto de inteligencia y de conocimiento.

La miseria es intolerable y se debe tener la voluntad firme para destruirla. Pero para destruirla, hay que conocerla. El drama de nuestra sociedad de ayer y de hoy, es que no se conoce el mundo de la miseria, no se puede imaginar lo que vive la gente que la padece. Y mientras no la entendamos, no podremos comprometernos a luchar contra ella de manera honesta. Fue por eso que le dije a la señora de Vos: «Debemos crear un Instituto de Investigación».

Aunque exista una sola familia en la miseria...

Saber el número de personas que viven en la miseria, no es lo importante.

Aunque exista una sola familia en la miseria, haría falta que la humanidad entera se levantara para liberarla. Lo que es terrible, es el peso que le hacemos sentir a esas familias, es la desesperanza que a veces puede entrar en sus corazones. Y cuando la desesperanza entra, es contagiosa, no deja luz alguna.

Hay males que no se curan más que con la oración, la comprensión, la amistad. Es necesario que las familias sientan que nos han conmovido tanto que - por lo menos por un momento - nuestra vida cambiará, porque las hemos encontrado en ese estado. Estoy seguro de que de esto, puede hacer nacer la esperanza.

Salir juntos de la miseria

Si hemos creado Taporí, es para que los niños se ayuden entre ellos, se quieran y compartan.

Para los jóvenes se actúa igual. Incentivar a un joven a que aprenda un oficio él solo, alejándolo de sus compañeros, es conducirlo a ser un aislado, un fracasado y esto no es provechoso para nadie.

Nosotros, ATD Cuarto Mundo, queremos que la comunidad pobre entera salga de la miseria. Si no, nadie saldría. Aquellos que se hubieran levantado serían recobrados por los demás y tendrían la tentación de olvidar a su propia familia y a los barrios de donde provienen. Se les incentivaría a olvidar al decirles: «tú, por lo menos, eres alguien, has subido por tus propios medios» lo que, además, no es verdad. Y ellos terminarían por decir: «Yo, no debo nada a nadie». Pero sí, le debemos todo a los demás, a la madre que nos alimentó, al padre que nos concibió, al ambiente en que vivimos y que algunas veces nos dio la suerte de encontrar a Dios y los demás.



Lo más importante es la dignidad

Es necesario que las familias se sientan orgullosas. Las madres son madres con mucho valor y deben saberlo. Deben sentirse orgullosas de cómo educan a sus hijos sin tener los medios. Es necesario que los padres se sientan orgullosos aunque no tengan dinero, nada que comer, ni qué ponerse para trabajar.

Y es debido a esa dignidad que lo reclamarán todo, comenzando por la escuela para los niños. Es verdad, que como prioridad están los niños más pequeños. A ellos hay que enseñarles a sentirse orgullosos de su medio, a querer a su mamá y a su papá como a ellos mismos, así como a sus compañeritos. Deben querer su medio ambiente para que jamás lo olviden, ni lo rechacen.



Nunca he podido aceptar...

Nunca he podido aceptar que los hombres se sientan inútiles. Es un drama y un escándalo. No es normal, a pesar de las dificultades de nuestra sociedad, que hayan tantos desempleados, que cada año salgan de la escuela jóvenes de dieciséis años, sabiendo apenas leer y escribir y que hayan jóvenes sin formación.

Habría que dar trabajo a los humildes. No es normal que los hombres pasen sin trabajar cinco o diez años. No es normal que los jóvenes jamás hayan

conocido la suerte de trabajar. Si esto existe es porque lo aceptamos. Pues, esto es inaceptable.

Sería necesario que los maestros, los sacerdotes... salgan a la calle y revivan la situación de los humildes. Sería necesario que los que poseen el saber, el oficio, la seguridad... aprendan nuevamente de aquellos que no la tienen. Que los que tienen el poder se ubiquen por debajo y los escuchen.

Siempre se aprende de la miseria

El hombre que vive en la miseria en todos lados es considerado como alguien que sobra. No se espera nada de él. Lo creemos una carga. No queremos recordarnos que tiene un mensaje que decirnos sobre la justicia, la libertad, la fraternidad.

No podemos quedarnos encerrados en nuestra Europa o los Estados Unidos. Ya en 1962 había ido a la India. Los pobres nos llamaban...

Ellos nos esperaban en otros lados. Entonces, fuimos a Guatemala, después a Africa y allí donde nos lo pidieron.

Nos dijimos: «Quizá es necesario que aprendamos nuevamente de la miseria». Es necesario que nos volvamos gente sin poder, sin medios, ni siquiera el del idioma. Que regresemos al punto de partida, como gente de la cual se puede decir: «Vengan a ver a este sacerdote, no tiene ni un centavo».

De pie y dignos

En los países del Tercer Mundo, encontramos lo mismo que en Europa y América: niños, como el niño que fui, obligados a ganarse la vida desde la edad de cinco años. Niños completamente privados de infancia, debido a la miseria. Hombres sin trabajo, madres que tenían que arreglárselas hasta el final.

Hemos encontrado en el tercer mundo y en medio de la pobreza general la misma miseria de los países europeos, tan dura, tan implacable y tan mal comprendida.

Y por todos lados hemos encontrado esa dignidad, esa voluntad de quedarse de pie y dignos a pesar de todo.



Mañana no podría ser igual que hoy

Toda nuestra vida es profética, la vida de los humildes, la vida de los no-poderosos al igual que la de los otros. Todos recibimos de Dios el mismo don de testimonio: mañana no podría ser como hoy.

Tengo confianza en la Iglesia porque toda su historia estuvo mezclada con la de los pobres, para defender ante todo a los débiles; no tanto para mantenerlos en su debilidad sino para hacer vivir y resurgir la fuerza que los débiles llevan dentro de sí mismos. Es ésta la misión de la Iglesia.

La misión de la Iglesia es permitir a los hombres escuchar la palabra de los débiles. ¿Quién mejor que los pobres, podría hablarnos de lo que es el amor, ellos que tuvieron siempre amores a medias?

Mejor que nadie saben lo que es la injusticia porque la han vivido, saben lo que reclaman, saben lo que es la libertad ellos que siempre vivieron sin ella. Ellos siempre dependen de otros, de su limosna, de su asistencia.

Amor y Justicia

Yo no estoy desanimado a pesar de tanta miseria. Recorrí todos los caminos por donde pasan los pobres de hoy y que se les imponen siempre. He podido llevar palabras de esperanza: «La miseria no es fatal. Es obra de los hombres y son los hombres los que tienen la solución para destruirla».

Ningún hombre acepta la miseria. Y sobre todo los más pobres. Es por eso que se destruirá necesariamente. Estoy seguro. Y esto se hará no por medio de la violencia, que no puede cambiar nada, sino por medio de la justicia y del amor entrelazados.

—○—○—

Biografía del Padre Joseph

Joseph Wresinski nació en 1917 de padres emigrantes (su padre era polaco y su madre española) en Angers, un barrio pobre de Francia. Creció dentro de una familia marcada por el aislamiento y la miseria.

Fue aprendiz de pastelero a la edad de 13 años. Más tarde, trabajó como pastelero hasta los 17 años. Un amigo lo llevó al Movimiento de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) y fue entonces cuando creció en él su sueño de hacerse sacerdote. Para conseguirlo, volvió a la misma escuela a la que asistían niños de 13 años.

En 1936, ingresa en el Seminario Menor. Un año más tarde es reclutado para hacer su servicio militar. Aún era soldado cuando la guerra estalló en 1939. Fue prisionero de guerra en 1940 y se escapó. Retomó sus estudios seminaristas en Soissons, donde su obispo, el Padre Douillard, lo ordenó sacerdote, en 1946 a la edad de 29 años.

Es nombrado sacerdote en Tergnier, una ciudad obrera. Durante tres años procura conocer, descubrir y compartir la vida de las familias de los obreros de la región. Ellos trabajaban en las minas de carbón y en las fábricas. En 1950, fue nombrado sacerdote en Dhuizel y abarcó todos los alrededores. Predicaba en las parroquias, entrenaba a los jóvenes, creaba grupos de oración siempre con miras a descubrir el sufrimiento de los más pobres.

Fue en 1956 cuando su Obispo le propuso ir al encuentro de 250 familias que vivían entre el lodo y la miseria, en el asentamiento de Noisy le Grand, cerca de París. Frente a este sufrimiento, deci-



de vincular su existencia a la de esas familias y un año más tarde, con ellas, funda el Movimiento «Ayuda a Toda Desgracia» que cambiará de nombre a «Movimiento ATD Cuarto Mundo». A partir de ese momento la historia del Padre Joseph se funda en la historia de las familias del Cuarto Mundo, y en la del Movimiento que éstas inspiran.

Con mucho valor, él crea en el centro del asentamiento de Noisy le Grand, una biblioteca, una guardería, y una capilla para remplazar la distribución tan humillante de alimentos y ropa que se hacía. Paralelamente, quiere abolir las causas de la miseria creando el primer Instituto de Investigación de la pobreza que abarcará investigadores de todos los países y disciplinas.

Convencidos de que la miseria debe ser

destruída, desde 1960 los primeros voluntarios de diferentes países y religiones se le unen. Con estos hombres y mujeres, él crea un voluntariado internacional que, hasta hoy, cuenta con más de 300 miembros de 22 países. Son católicos, judíos, protestantes, budistas, musulmanes, o sin religión alguna.

Durante 30 años, el Padre Joseph no dejó de reunir a hombres y mujeres de cualquier estrato social, político o religioso, alrededor de las familias más pobres del mundo. Hoy en día son miles de personas de los cinco continentes las que han aceptado formar una alianza con los más pobres.

El Movimiento Taporí ¹, y el de jóvenes llamado Juventud Cuarto Mundo ², han podido movilizar a niños y jóvenes alrededor de los adultos y las familias.

Encontrando a pequeños y grandes, desde la familia humilde en su rancho hasta el jefe de estado en su palacio, e incluso al Secretario General de la ONU, el Padre Joseph llevó a todos el mismo mensaje: «La miseria es intolerable, hay que comprometerse juntos para que ésta cese».

En 1987, dos acontecimientos marcaron el último año de vida del Padre Joseph:

- La aceptación de su Informe: «Pobreza Extrema y Precariedad Económica y Social» por el Consejo Económico y Social ³ de Francia. Verdadero programa de lucha contra la pobreza, este Informe llama la atención de los poderes públicos europeos y adquiere una creciente fama internacional.

- El 17 de octubre de 1987, estando presentes 100 000 personas en la Plaza de los Derechos Humanos y de las Libertades en París, el Padre Joseph inauguró una placa para conmemorar a las víctimas de la miseria a través del mundo, haciendo una llamada a todos los hombres a unirse para destruir la miseria.

El 14 de febrero de 1988 el Padre Joseph se ha encontrado con Dios. Está enterrado, como él pidió, debajo de la capilla que hizo construir en Méry sur Oise5 para testimoniar a todos su fidelidad con las familias más pobres, con las personas a su lado y con Dios.

El 17 de octubre de 1987,
Los defensores de los Derechos Humanos
y del ciudadano de todos los países
se reunieron en esta plaza. Rindieron homenaje
a las víctimas del hambre, de la ignorancia y de la violencia.
Afirmaron su convicción de que la miseria no es una fatalidad.
Proclamaron su solidaridad con aquellos que luchan
alrededor del mundo para destruirla.

Allí donde hay hombres condenados a vivir en la miseria,
los Derechos Humanos son violados.
Unirse para hacerlos respetar es un deber sagrado.

Padre Joseph Wresinski

(1,2, 3 et 4 ver la página 14).

1– Taponi es la rama del Movimiento ATD Cuarto Mundo creada en 1967 para favorecer la amistad entre niños

de todos los países y de todos los orígenes, pertenencias raciales, religiosas o sociales.

A través de la *Carta de Taponi*, publicada en diferentes idiomas, y gracias a las maletas Taponi que viajan de un país a otro, enriqueciéndose en cada etapa, los niños comparten lo que viven y lo que saben, llegando a hacerse amigos. Consultar la página www.taponi.org

2– Jeunesse Cuarto Mundo:

consultar la página www.jeunesse-quartmonde.org

3– El Consejo Económico y Social (CES)

es la tercera asamblea de Francia. Su papel es el de aconsejar al gobierno. Está compuesto por 230 miembros, nombrados por cinco años y representantes de organizaciones sindicales, patronales, agrícolas, aseguradoras, etc. También comprende un grupo de 40 personas consideradas como cualificadas en un dominio particular y nombradas por el Presidente de la República y el Primer Ministro. Es con este título que el padre Joseph Wresinski fue nombrado por primera vez miembro en 1979. El CES adoptó el 11 de febrero de 1987 el informe: «Gran pobreza y precariedad económica y social» en el que el padre Joseph era el ponente. Este documento, que tuvo repercusión más allá de Francia, situó la miseria como violación de los Derechos Humanos y creó el armazón y numerosas proposiciones de lo que debería

haber sido una ley de orientación contra la exclusión. En 1988, Geneviève de Gaulle Anthonioz fue nombrada en el mismo grupo de personas cualificadas del CES. Continuó el trabajo a través de 2 resoluciones que inspiraron lo que se ha convertido en la ley de orientación de lucha contra las exclusiones del 29 de julio de 1998. Después del voto de esta ley, en 1999 el gobierno aceptó nombrar a Didier Robert por 5 años, siempre con el mismo estatuto precario de persona cualificada. Esta etapa representa una especie de reconocimiento hacia ATD Cuarto Mundo, pero no es una silla atribuida a largo plazo al Movimiento.

4– Méry sur Oise, con Pierrelaye, Baillet y Orgerus constituyen el centro internacional del Movimiento ATD Cuarto Mundo. Constituyen así un lugar:

- **de formación** de los miembros del Movimiento ATD Cuarto Mundo
- **de acogida** para todos los amigos comprometidos con personas, familias de comunidades muy pobres en las cuatro puntas del mundo para intercambiar sus experiencias, aprender unos de otros
- **de seguimiento de la acción** de los equipos del Movimiento que están por todo el mundo
- **que reúne los documentos escritos y audiovisuales de la historia y las acciones del Movimiento.** Este fondo de documentación permite un trabajo de conocimiento sobre las poblaciones más pobres, de comprensión de las causas de la miseria y de elaboración de medios para erradicarla.

Ilustración: Catherine Theurillat, Denis Cretinon, Jean-Pierre Daud, Jean-Christophe Sarrot
Realización: Mary Rabagliati, Jeanpierre Beleyer – Voluntarios ATD Cuarto Mundo

Printed in France in 1988 – ATD Cuarto Mundo – 95480 Pierrelaye. Francia